haber declarado para su fama dar " por bien empleada su muerte por morir junto con su señor Guatemuz, " cuando en compañía de éste fué ahorcado en Izancanac; no olvidemos á ese ignorado y valiente caballero, que prefirió sucumbir ante la mirada de su rey, en vez de revelar su secreto; ni con sobrada malicia ó punible descuido omitamos los nombres de los que compartieron las palmas del martirio con el gran Cuauhtemoc.

En cuanto á los oficiales reales, su mismo delito los condena: el fuego de los tormentos ciñe con una aureola á las víctimas, y en las sombras se quedan sus verdugos.

CAPÍTULO III

EL ORIGEN DE LA CIUDAD

CORTÉS.

CAPÍTULO III

EL ORIGEN DE LA CIUDAD

Bajo sus ruinas sepultada Tenochtitlan ; arrasados uno á uno sus *teocallis* y edificios ; abandonada después de glorioso sitio á causa del insoportable hedor que despedían los mil cadáveres ; encendidas grandes luminarias para purificar la pestilente atmósfera : hubo que dejar transcurrir cerca de cinco meses para reconstruirla y levantar de en medio de tanta desolación á la capital que había de ser de Nueva España.

Mucho se vaciló para elegir el mismo sitio. Varios conquistadores opinaban que se fundase la nueva ciudad en Coyoacan ; otros, que en Tacuba ; quiénes que en Tetzcoco. Se alegaron diversas razones; pero prevaleció la opinión de Cortés, quien dijo : " Que pues esta cibdad en tienpo de los indios avía sido señora de las otras provincias á ella comarcanas que tanbién hera razón que lo fuese en tienpo de los cripstianos é que ansí mismo decía que pues Dios Nuestro Señor en esta cibdad avía sido ofendido con sacrificios é otras ydolatrías que aquí fuese servido con que su santo nombre fuese oñrado é ensalzado más que en otra parte de la tierra. "

Comenzose la reconstrucción escombrando el terreno de todos los obstáculos que yacían en él, como restos de su pasada grandeza, y como girones de gloria que habían dejado sus invictos defensores.

Diose principio á esta trabajosa empresa á fines de Diciembre de 1521, ó principios de Enero de 1522, pues así se desprende de una carta de D. Hernando al Emperador Carlos V. La faena fué grande y laboriosa : hubo que quitar escombros, que derrumbar los últimos muros que quedaban en pie, que destruir ídolos, que cegar fosos

y canales, y que levantar de nuevo lo que se había demolido : el conquistador, para abreviar la guerra tuvo que destruir ; pero los que lo ayudaron en tan ingrata tarea sufrieron el castigo ; ellos mismos tuvieron que edificar.

Una de las primeras medidas llevadas á cabo por el Ayuntamiento, fué formar la *traza*, " es decir, el plano de la ciudad en la forma que debería construirse, señalando las calles y plazas, el terreno para que los vecinos edificasen sus habitaciones, y el lugar de las casas de Cabildo, la fundición, la carnicería, la horca y la picota, que eran las primeras cosas que se procuraban establecer, conforme á las pocas exigencias de aquella naciente sociedad. "

El perímetro llamado la *traza*, estuvo limitado hacia el Norte por las calles llamadas hoy del Carmen, Apartado, Pulquería de Celaya, Puerta Falsa de Santo Domingo, Espalda de la Misericordia y Cerca de San Lorenzo hasta el Puente del Zacate : hacia el Poniente por esta última calle y las de Rejas de la Concepción, Puente de la Mariscala, Santa Isabel, San Juan de Letrán, Hospital Real, 1ª, 2ª, y 3ª de San Juan : hacia el Sur por las Vizcainas, Tornito de Regina, San Jerónimo, Cuadrante de San Miguel, Buena Muerte y San Pablo, y hacia el Oriente, por las de Muñoz, Curtidores, la Danza, Talavera, Santa Efigenia, Alhóndiga, calles de la Santísima, hasta el callejón del Armado.

Para fijar los límites de la *traza* que formaba un cuadrado y estaba cercada por una especie de foso compuesto de acequias, restos de los antiguos canales, hemos tenido presentes las importantes investigaciones que acerca del asunto emprendieron D. Lucas Alamán y D. Manuel Orozco y Berra, así como el plano de Alonso de Santa Cruz.

Hecha la *traza*, se repartieron solares á los que quisieron avecindarse, tocando uno á cada vecino, con la obligación de edificar, y dos á cada conquistador. Hernán Cortés se apropió de muchos, y distribuyó terreno para que edificasen sus amigos, criados y adeptos.

Siguió la construcción de las primeras casas.

« Los indios amigos — dice un historiador — y los vencidos mexicanos, fueron llamados al intento, haciendo concurrir un número cuantiosísimo, que á su costa acarreó los materiales, hizo la obra y se mantuvo sin recibir la menor retribución. Muchos indios murieron en semejante labor ; pero la ciudad se alzó pronto como por encanto, renaciendo de sus cenizas como el ave fabulosa. »

Aquellas primeras casas, las de los principales, tuvieron todo el aspecto y solidez de una fortaleza. Gruesos y pesados muros, troneras y torres, escasas y bajas puertas hacia las calles : esto en el exterior. Por dentro, « grandes patios, amplias piezas, cuadras para caballos, » sala de armas y cuartos para los sirvientes. Además, « chozas para los esclavos y para los indios de servicio que por tandas traían de los pueblos encomendados. » El material de construcción fué el cal y canto, y más generalmente el *tezontli*. Las azoteas, que fueron planas, ó de terrado, las soportaban gruesas vigas, muchas de magnífico cedro.

« Lo edificado — dice el Sr. Orozco — á veces no llenaba todo el solar, encontrándose pedazos del terreno entre uno y otro vecino, que, ó bien quedaban interrumpiendo la línea de las construcciones, ó rodeadas por una simple cerca, servían de corrales ó de sembrado. »

Muchos vecinos, en los primeros años, no sólo no construyeron habitaciones, sino que ni siquiera cercaron los solares.

En cambio, Cortés había levantado cuatro torres, una en cada esquina de su casa, « con sus almenas, propias para sustentar artillería, y por el cuerpo del edificio troneras y saeteras. » Otros conquistadores levantaron no más dos torres, y algunos una, como para confesar su inferior categoría. El que sí quiso competir con D. Hernando, fué el orgulloso Pedro de Alvarado, pues puso cuatro torres á su casa, cosa que le tuvieron á mal, y los mismos oficiales reales mandaron suspender la construcción ; pero al fin la llevó á cabo, cuando siendo Gobernador Alonso de Estrada, casó una hija de éste con Jorge de Alvarado, hermano del primero.

Se permitió también á los vecinos que hicieran portales, según se verá por el contexto del acta de cabildo del 15 Abril de 1524, que dice :

« Este día el dicho señor Governador e justicia e regidores de esta Cibdad todos hordenaron e mandaron que por que esta Cibdad está más noblecida e a cabza que el trato de ella á de ser en la plaza de esta Cibdad y a cabza de las aguas no puede estar limpia la dicha plaza por el trato de las mercaderías que todos los vecinos que obieren solares en la redonda de la dicha plaza puedan tomar cada uno veynte y un piés de más de sus solares de la dicha plaza para que en ellos puedan hazer *soportales* en ellos e no para otra cosa alguna y alzar sobre ellos si quisyeren y que lo hedifiquen luego sin perjuycio. (Tres rúbricas)"

El edificio que primero se construyó, fué el de las *Atarazanas*, que sirvió para guardar los bergantines, y el cual no se sabe á punto fijo en qué parte estuvo situado. El señor Orozco cree que se encontraba por el rumbo que siguen las calles de Santa Teresa, Hospicio de San Nicolás y Plazuela de la Santísima: tal vez cerca del lago, cuyas aguas penetraban entonces por el Oriente en la ciudad.

Á falta de ese dato, hé aquí los curiosos pormenores que nos dejó Cortés en su carta á Carlos V, con fecha 15 de Octubre de 1524:

"Puse luego por obra, — dice — como esta ciudad se ganó, de hacer en ella una fuerza en el agua, á una parte de esta ciudad en que pudiese tener los bergantines seguros, y desde ella ofender toda la ciudad si en algo se pudiese, y estuviese en mi mano la salida y entrada cada vez que yo quisiese, y hízose. Está hecha tal, que aunque yo he visto algunas casas de atarazanas y fuerzas, no la he visto que la iguale; y muchos que han visto más afirman lo que yo; y la manera que tiene esta casa, es que á la parte de la laguna tiene dos torres muy fuertes con sus troneras en las partes necesarias, y la una destas torres sale fuera del lienzo hacia la una parte con troneras, que barre todo el un lienzo, y la otra á la otra parte de la misma manera; y desde estas dos torres va un cuerpo de casa de tres naves, donde están los bergantines, y tienen la puerta para salir y entrar entre estas dos torres hacia el agua; y todo este cuerpo tiene asimismo sus troneras, y al cabo deste dicho cuerpo, hacia la ciudad, está otra muy gran torre, y de muchos aposentos bajos y altos, con

sus defensas y ofensas para la ciudad; y porque la embiaré figurada a vuestra sacra majestad, como mejor se entienda, no diré más particularidades della, sino que es tal, que con tenerla, es en nuestra mano la paz y la guerra cuando la quisiéremos, teniendo en ella los navíos, y artillería, que ahora hay."

Raro debe haber sido el aspecto de aquella ciudad primitiva, con edificios llenos de torres y de troneras: ciudad que como dice muy bien un escritor, debió parecer "mejor un campamento que una población."

Esto por lo que se refiere al circuito interior de la *traza*, que fuera presentaba muy diferente fisonomía. Más allá de la *traza* vivía la población puramente indígena, en humildes casas de adobe, en *jacales* de tajamanil; ó en chozas formadas únicamente de zacate. Sin embargo, por ahí se encontraban algunas ermitas, como la de Juan Garrido; se hallaban algunos *tianguis* ó mercados, y alegraban el conjunto, ora los desiertos pero verdes ejidos, ora las huertas, las *chinampas* y los azules lagos, reflejando todo como en un inmenso y bruñido espejo.

Hasta entonces no había un solo templo; la misa se decía en casa del conquistador, "en una sala baja y grande," que después mandó éste ocupar con sus armas, relegando el altar á un corredor bajo, delante del que se puso un cobertizo; pero tan mezquino que ni "aun allí — dice el proceso de Cortés — cabía la gente e se estaba al sol e al agua."

Fué, pues, aquella ciudad, eminentemente militar. Cortés era su señor absoluto, pues ni "Carlos V — dice el tantas veces citado historiador Orozco — tuvo un palacio, un lugar que recordara que era el dueño de la conquista: el Cabildo alcanzó su pertenencia; al pueblo menudo se le dió la horca; para las necesidades públicas se proveyó de cárcel, de carnicería y de mercado; y como no había quien representara los intereses religiosos, no se destinó solar para iglesia ni para monasterio."

Las calles de la ciudad se comenzaron á formar entonces; pero pocas tenían nombre propio. Se decía fulano vive frente á las casas de

Alvarado, del Bachiller Alonso Pérez, ó junto á los solares de Casanova, de Grijalva, de Melchor de San Miguel.

Empero, había algunas que ya lo tenían como la de "Tacuba," "Atacuba" ó "Tlacopan," y la de "Donceles" que existen todavía con sus primeros nombres; la de las *Atarazanas,* la de los "Bergantines," que se llaman hoy de Santa Teresa, Hospicio de San Nicolás y Santísima; la gran calle de "Itztapalapan," que comenzaba en Flamencos y se extendía hasta las del Reloj; la de la "Celada," desde Zuleta hasta la Merced; la del "Hospital," ahora de Jesús, y las de la "Guardia," "Real," "Zalapa," "Juan Ceciliano,, y "Benito Bejel," que se ignora á cuáles corresponden.

Tuvo también aquella ciudad tres mercados: en la plaza mayor, en la de Tlatelolco y entre Santa Isabel y la Alameda, llamado este último "Tianguis de Juan Velázquez," y un doble caño de agua que surtía á la población, y que venía desde Chapultepec.

Así nació el México colonial: esta es su historia en los primeros años de su existencia.

Ciudad, mitad cuartel, mitad campo, que obedecía sólo al capricho de su afortunado conquistador.

No tuvo policía ni alumbrado. Cortés, gustaba recorrerla al lado de Cuauhtemoc, á quien todos guardaban respeto.

El trajín de los obreros que levantaban las primeras casas; las sesiones de Cabildo en las que llovían solicitudes y disputas de solares y huertas; los juegos y festines de los conquistadores; las expediciones que se enviaban fuera de lo conquistado; los pueblos que venían á ofrecerse como fieles vasallos: las noticias de la llegada del primer Gobernador Cristóbal de Tapia, que pronto tuvo que reembarcarse; y los descubrimientos del mar del Sur, eran los únicos acontecimientos que conmovían á la ciudad.

Y más allá de la *traza*, el indio, el vencido, el verdadero dueño de todo, cultivaba silencioso un girón de tierra; con los ojos bajos, melancólicos, y con el corazón oprimido por el recuerdo de su pasada gloria.

CAPÍTULO IV

LOS MESONES